

EL ¿BUEN? SAMARITANO LA AYUDA AL DESARROLLO EN TIEMPOS INDOLENTES

THE GOOD? SAMARITAN DEVELOPMENT AID IN INDOLENT TIMES

Manuel A. JIMENEZ-CASTILLO*

Universidad Católica de Pereira

RESUMEN: La Cooperación al Desarrollo se halla en un callejón sin salida. Las deficiencias encontradas en los métodos de vocación universal no han sido afectadas por los progresos generados desde las nuevas experiencias de laboratorio. Ni el estudio de lo general ni de lo particular favorece perspectivas saludables que mejoren lo conocido sobre la lucha contra la pobreza y la eficacia de la ayuda. A lo largo del trabajo, se identificarán algunas de sus carencias más notables y se presentará una alternativa que permita replantear el mapa conceptual del desarrollo y de la ayuda desde una influencia dialéctica y multidisciplinar.

PALABRAS CLAVE: Ayuda al Desarrollo; Cooperación Internacional; Experimentación; Intuición-reflexiva; Universalismo.

* Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación “El doble siniestro natural del desarrollo: apuntes para una teoría crítica”. Financiado por la UCP en el marco del convenio interno 2018-2020.

Manuel A Jiménez-Castillo, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, UCP, Colombia. Email: antonio.jimenez@ucp.edu.co

ABSTRACT: The discipline of Development Cooperation is at a dead end. Deficiencies found in universalist methods have not been compensated by new testing formula. Neither general studies nor trial an error research offer healthier perspectives to fight against poverty and make development aid more effective. Some of the most notable deficiencies will be identified in order to introduce a “reflexive” alternative for reconsidering a conceptual map of development and aid from a dialectical and multi-dimensional approach.

KEYWORDS: Development Aid; International Cooperation; Testing; Reflective-Intuition; Universalism.

1. Génesis y ramificaciones del problema

Con los estudios de Cooperación al Desarrollo ocurre lo que es propio de disciplinas lúgubres; empezamos a saber mucho de prácticamente nada. Interrogantes destinados a iluminar con un monosílabo –*¿la Ayuda ayuda?*– son desplazados por un torrente de excepcionalidades limitadas a cubrir un reducido espectro del asunto. El caso de la eficacia de la ayuda es especialmente paradigmático a este propósito. De un sí en mayúsculas (Sachs & Schmidt-Guido, 2017; Sachs, 2009) transita por un clima de férrea desconfianza (Elayah, 2016; Easterly, 2014; Doucolagos & Paldam, 2011; Moyo, 2010) para instalarse entre las turbias aguas del “*no sé; depende; a condición de*” (Edwards, 2014; Collier, 2007; Dollar y Burnside, 2004; Boone, 1996). Los estudios de “generación” que alcanzaban el cuarto nivel ya a principios de siglo despejaban importantes vacilaciones solo si se lograba observar el asunto desde una altura adecuada; *la disciplina de la ayuda al desarrollo no se rige por el destello de nuevos y mejores conocimientos como ocurre en las disciplinas naturales sino por razones de ideología, ignorancia o inercia*. No es por ello sorpresa alguna encontrarnos con declaraciones tan elocuentes entre los estudios del tema; “(...) entre los economistas existe un desacuerdo fundamental en el tema de la ayuda externa. Esencialmente, se reduce a si los países ricos ya han proporcionado demasiado dinero (...) o ni siquiera el suficiente” (Fisman & Miguel, 2007: 1024). O en esta otra más reciente de Cameron *et al.* (2015:19) donde se avisa que “(...) we must caution that just because a great deal of impact evaluation evidence now exists, does not necessarily mean that it has catalyzed greater learning among researchers and policymaker”.

Se ha sostenido que las ciencias sociales carecen de los atributos de *predicibilidad* en la observación y *regularidad* en la experiencia necesarios para ordenar, clasificar y extraer conocimiento de su realidad más inmediata. Ajena a estas favorables concurrencias atribuidas a las materias más científicas es que autores de la talla de Karl Popper (1996) censuren los exiguos progresos predictivos en temas de naturaleza social. En la disciplina de la cooperación no son pocos los que se han arrogado a esta tesis tan sugerente, y haciendo acopio de las supuestas virtudes “emanativas” que ofrece el paradigma de la complejidad hacen uso de la dificultad para negar todo entendimiento; todo es extremadamente complejo y caótico –dirán– como para extraer consecuencias. Lo prudente será pues dejarlo todo en manos del azar y la necesidad del mercado libre.

Esta actitud, que en un principio satisfizo a una disciplina capaz de desembarazarse de las posiciones ideológicas más irrealistas (véase en el trabajo *Una (meta)-crítica a las teorías contemporáneas del desarrollo*) sucumbió frente al *hard thinking*. En su peregrinar por caminos oscuros dio a luz una aspiración posdesarrollista donde a partir de una lógica atomizada se deducía que siendo todo saber producto de una voluntad oscura lo mejor fuera buscar prados más verdes (Escobar, 1996). La sospecha era concluyente. Si el desarrollo no está en condiciones de extraer verdades científicas, cualquier recomendación será acordada por una corte interesada de expertos. Lo honesto será que cada comunidad atienda sus inclinaciones alejando así cualquier intromisión. Lógica inevitable es dotar al lenguaje (la invención “lingüística” del desarrollo) de la sustancia que se le niega a las cosas, y con un Arturo Escobar hinchado por la popularidad de la izquierda posmoderna declarará el fin del desarrollo “(...) a partir de las teorías de Foucault que explica la utilidad del discurso como herramienta de dominio, empecé a trabajar sobre la invención del desarrollo” (Escobar, 2016).

No obra Escobar proponiendo alternativas *a/* desarrollo con la misma profundidad con la que desmenuza sus alternativas *de* desarrollo (Pieterse, 1998) lo que lo conducirá a un desprestigio progresivo. Amparado en lo más infértil de una crítica de la crítica pospone toda construcción alternativa a la influencia de las teorías contemporáneas. Un oficio equidistante al que protagoniza Amartya Sen que no contento con criticar lo evidente aspira a lo máximo al consagrarse una original visión analítica del desarrollo en términos de libertades y oportunidades (Sen, 2010). Pero la disciplina de la cooperación insatisfecha con la actitud reaccionaria más centrada en destruir que en edificar se ocultó tras la popularidad de la “economía de laboratorio”. Recelosa de teorías en mayúsculas confirma subsistir sin ellas. Para ello deduce, igualando métodos científicos,

que la divergencia de fines sociales pueden reconciliarse por idénticos modos de penetración (Banerjee *et al.*, 2016).

Así, enrocado en estudios de corte experimental –metodologías de impacto “randomized evalutions”– se logra extraer información comparativa contrafactual y desde el terreno sobre grupos sociales heterogéneos (J-PAL, 2016). Sin embargo, es menester estar familiarizado con principios analíticos a priori si queremos abordar con utilidad la información revelada por tales estudios. Se debe adquirir una idea sobre los efectos de la ayuda en el ahorro bruto o en la inversión extranjera directa, por así decir, antes de descubrir mediante datos empíricos el comportamiento de tales variables; en el simple movimiento que proporciona el dato no se puede extraer las razones de ese movimiento.

El tránsito desde las tesis universales a las de la experimentación ha hecho olvidar que la naturaleza del desarrollo conjuga ambas metodologías con especial ahínco. Su naturaleza se destina a servir como ciencia de fines, de medios y de medios y fines (Sen, 2009). Sobre estas bases su realidad no se consume en enunciados autoevidentes como sucede con las ciencias físicas ni en axiomas lógicos. Por un lado, busca servirse de lo que le es más útil en esa pesquisa de escasos medios, y sin embargo, no abandona el deber moral de lo que en cada momento le resulta ser necesario y conveniente (el desarrollo es equidad, satisfacción de necesidad, empoderamiento, etcétera). Esta combinación de medios y fines bajo un mismo propósito de estudio añade una dificultad; pues los *medios nunca son medios sino para otros fines y los fines nunca son fines sino para otros medios*. Ya recordaba Sen que la libertad para funcionar se alcanza desde la libertad que estimula el acto mismo de ser libres; “el desarrollo o es una vida en libertad o no es auténticamente desarrollo” (Sen, 2010). Paradójicamente los fines del desarrollo son simultáneamente sus medios por lo que un pensamiento estratégico sería incoherente y otro moralista sería dogmático.

Durante el resto de esta exposición profundizaré en los límites y contradicciones de ambas posiciones. Haré uso del enfrentamiento que protagonizaron los economistas J. Sachs y W. Easterly para vislumbrar sus carencias más llamativas y trabajaré sobre la insuficiencia de los estudios experimentales en autores como A. Banerjee y E. Duflo. Por último, abriré una tercera vía dada en llamar *intuición reflexiva de la cooperación* con el objeto no solo de desatascar a los estudios de la ayuda sino con el fin de favorecer nuevas fórmulas de pensar el desarrollo a través de la profundización de políticas efectivas que le doten de operatividad.

2. El relato “ciego” de la ayuda al desarrollo

En la obra de Jeffry Sachs “El fin de la pobreza” y más recientemente en el trabajo “Global Fund Lessons for Sustainable Development Goals” se concientra la esencia de las tesis universalistas del desarrollo donde la diversidad queda atrapada en un conjunto homogéneo de principios analíticos sin vocación experimental. Según el autor los pobres son pobres porque se encuentran sometidos a una serie de desgracias que impiden el natural desenvolvimiento de la industria y el comercio. Para superarlo es necesario un gran empujón “Big Push” doblando la ayuda extranjera en alrededor de cien mil millones de dólares anuales (Sachs, 2005). Con ese fin se lograría compensar el gap financiero entre las necesidades del país y su capacidad productiva. Esta idea se encuentra ya avalada en los trabajos de los *pioneros del desarrollo* donde se subraya cómo la falta de inversión pública se compensaría con un desembolso financiero unilateral de los donantes (Rostow, 1960). La confianza puesta en lo que Easterly considera como “grandes resultados” de la política del “Big Push” se alimenta a nuestro entender de una distinción nunca reconocida entre realidad empírica y realidad institucional o idealizada (Hinkelammert, 2002).

A partir de esta distinción el enfoque universalista juega haciendo implícito lo explícito con el fin último de hacer notar que la realidad idealizada de su teoría fuera en cambio la realidad empírica y que esta se ajustara al resultado de lo que es una experiencia idealizada. Para ilustrar este mecanismo del que se sirve Sachs es necesario distinguir las dos fases de la estrategia: a) por un lado, la idea firme de unos supuestos teóricos que facilitan la ruptura de la trampa de pobreza, b) y por otro, los mecanismos sociales que permiten la efectiva superación del problema.

En referencia a los supuestos Sachs & Schmidt-Traub (2017) y Sachs (2005) dibujan una serie de conceptos límites o trascendentales desde los cuales llegan a moldear los principios empíricos de posibilidad; esto es, lo que la realidad está en condiciones de ofrecer realmente. Para ello toma el concepto de trampa de pobreza desde una triple formulación; de ahorro, demográfica y de no-convexidad de la función de producción. Su argumento sigue un razonamiento clásico. Los pobres son pobres al verse impedidos para acumular capitales por medio del ahorro lo que conduce a un incremento natural en los niveles de fertilidad (reducción del precio relativo del factor trabajo) y con ello a una consecuente disminución en los rendimientos del capital que dispara a su vez una nueva reducción en los

niveles de ahorro, y así sucesivamente. Desde este relato la idea del “Big Push” se legitima sola, pues si el problema se centra en una incapacidad natural para generar recursos una dotación extra de capital recompondrá lo que no funciona.

Desde el diseño de estos conceptos se conforma una realidad idealizada que suplanta a la experiencia para así validar los supuestos teóricos de la trampa. Ello ocurre a partir de un doble movimiento analítico que va desde la defensa del realismo de los conceptos a su deducción lógica. Primeramente, nos topamos con estudios de última generación en el campo del desarrollo que refutan la verosimilitud de los conceptos trascendentales de Sachs. Comenzando por el ahorro, trabajos como los de Biggs (2017), Karlan *et al.* (2014) o Collins *et al.* (2009) ponen en entredicho la idea de que los pobres no ahorraron por el hecho de ser pobres. Probablemente Sachs no llega a intuir la diferencia entre ahorro formal e informal y si bien el segundo está afectado por la irregularidad e impredecibilidad del primero no por ello lo excluye. Formas de ahorro en ocasiones simbólicas y arraigadas al sentido más particular de territorio carecen de la extensión y formalidad que dispensa lo convertible a unidades monetarias aunque con ello garantiza relaciones económicas en potencia.

At the individual or household level, there are numerous ways in which poor people manage their finances (...). Poor people save money at home, save in kind, or purchase assets such as livestock or jewellery that can be sold in times of need. We often imagine that poor people are simply too poor to save but, in fact, poor people have been found to save larger percentages of their incomes than rich people (Collins *et al.* 2009).

No parece, por tanto, que sea una falta de ahorro ni de inclinación a la frugalidad como de instituciones inclusivas (Acemoglu y Robinson, 2012) unidas al diseño de un sistema financiero capaz de canalizar pequeños ahorros en inversiones productivas lo que está en cuestión (Jiménez-Castillo, 2015). En ningún momento Sachs nos indica las condiciones bajo las cuales podemos esperar que un incremento extraordinario de la ayuda acabe canalizada en trabajo productivo y no obstaculizada por lo que autores como Evans & Popova (2014) y Banerjee & Mullainathan (2010) llaman bienes de tentación y consumo atemporal. Es mucho más que el ahorro lo que facilita la transición de economías paupérrimas a sociedades prósperas.

Tampoco está demostrado que la falta de ahorros favorezca incrementos en la fertilidad (reservas que eran ya muy bajas de acuerdo a su primer argumento). A

pesar de que es propio de la pobreza elevados niveles de fertilidad esto no indica que aquella primera sea causa de lo segundo. Trabajos como los de Madsen *et al.* (2017), Cambell *et al.* (2013) y Schultz *et al.* (2007) ilustran motivos de política social, educación y planeación familiar entre otros como los fenómenos más probables a la hora de explicar los altos niveles de fertilidad entre países pobres.

Un último argumento con el que Sachs se aferra al “Big Push” tiene que ver con la supuesta concavidad de la función de producción que llevaría a una expansión de los réditos del capital. El capital tiende a moverse allí donde mayor es su rentabilidad y esta coincide allí donde es relativamente escaso. Pero el capital no es una entelequia empírica y Robert Lucas en su trabajo “Why doesn’t capital flow from Rich to Poor Countries” nos recuerda que los precios relativos son solo uno más de los factores que mueven los interés del capital; “political risk is an important factor in limiting capital flows (...) in a world of immobile labor, policies focused on affecting the accumulation of human capital surely have a much larger potential” (1990: 96).

Pero si estos conceptos trascendentales se amoldan a una realidad existente solo en la cabeza de Sachs el elemento que lleva a coordinar tales trampas tampoco se libera de un férreo formalismo. Un fuerte determinismo formaliza la realidad para, en lugar de intuir movimiento, aferrarse a magnitudes rígidas deducidas mecánicamente. Así, la falta de ingresos generará una carencia de ahorros estructural que impide una dotación adecuada de inversión lo que favorece bajos niveles de renta per cápita y elevadas tasas de fertilidad. Todo ello enemigo de la creación de nuevas rentas futuras, y así sucesivamente. Empero, la realidad nunca sigue principios de lógica cartesiana y lo que parece una coordinación coherente de concurridas trampas atiende solo a la influencia de fantasmas malthusianos.

No pocos trabajos acuerdan en poner sobre las instituciones buena parte de la responsabilidad de lo que Sachs solo ve en sus trampas (Rodrik, 2014; Acemoglu y Robinson, 2012; Doucouliagos & Paldam, 2009). Los valores, hábitos y costumbres con los que se articulan los códigos de reglas y conductas que favorecen el ánimo económico dibujan un mapa más rico y profundo. Porque la falta de inversión no solo es resultado de los ahorros sino de las oportunidades con las que vencer la apatía, una cultura financiera inclusiva y/o la estabilidad institucional regida por la protección de derechos y obligaciones comunes.

Nada de esto pasa desapercibido para Sachs. Por mucho que se empeñe en simplificar, múltiple son las razones que gobiernan sus trampas y formas

indeterminadas llevan a manifestarse. Por eso, el radical “economicismo” con el que Sachs interpreta las causas de la pobreza solo puede implicar una falta de evidencias que el autor esquiva haciendo uso de la tecnología y del supuesto de contra-factualidad. Una vez comprimida la experiencia a los límites de su pensamiento debe de guiarse por una estrategia que enfrente los innumerables casos en los que su posición se vea refutada por la experiencia. No pudiendo alterar la realidad modificará sus cimientos confundiendo así lo real con lo *realizable*; “porque conocer las leyes sociales no es conocer la realidad social, sino solamente uno de los distintos medios auxiliares que nuestro pensamiento usa para este propósito” (Weber, 2009: 125). Y lo hace de la siguiente manera.

En primer lugar niega cualquier razonamiento que no se ajuste a sus principios de tipo técnico-administrativo; “Africa’s problems [...] are [...] solvable with practical and prove technologies” (citado en Easterly, 2006: 208). Planteada así la tarea consigue vaciar de contenido la realidad del desarrollo y de argumentos que pudieran desestabilizar la lógica de su credo. Si el estudio del desarrollo se disuelve en problemas de carácter técnico y soluciones administrativas, “development economics today is not like modern medicine but it should strive to be so” (citado en Easterly 2006: 75), el asunto versará sobre la facultad para conducirse hacia lo necesario y en ningún caso gobernar lo correcto. Con la desustancialización de las relaciones sociales del desarrollo, Sachs consigue redefinir los problemas económicos a simple toma de decisiones y no como sostiene Munk (2014) apelando a la compleja variedad de efectos que el autor desestima; sequías, violencia, valores culturales tradicionales, resistencia al cambio, instituciones extractivas, etcétera.

Un segundo argumento con el que Sachs intenta naufragar frente a la inconsistencia de su modelo tiene que ver con la firme vocación contra-factual de la ayuda. Puesto que es imposible conocer el resultado de alternativas no efectivas, el autor apela a que el mundo pobre estaría peor sin los recursos de la ayuda; “(...) sin planes efectivos de ayuda los pobres serían resueltamente más pobres” (Sachs, 2005: 165). Pero esta posición carga con una trampa no difícil de desentrañar. Siendo imposible saber lo que hubiera ocurrido en caso de que se hubiera dado lo que no se dio, no hay forma de saber de qué modo la ausencia de intervención hubiese sido más perjudicial que la intervención misma –salvo que apelemos a estudios no ideológicos. Sachs no consigue legitimar como entidad real aquello que, a fin de cuentas, es solo una hipótesis especulativa de su mente; “que pasaría en caso de (...)”.

Pero si Sachs protagoniza la parte optimista del debate el economista William Easterly participa de la otra. Haciendo uso de la no-perfectibilidad del conocimiento vaticina el fracaso de la estrategia del “Big Push”. Para ello propone un “Piecemeal approach” donde en lugar de grandes dotaciones de ayuda se preste a financiar pequeñas intervenciones que hayan sido anteriormente exitosas; “Instead of setting utopian goals of ending world poverty, foreign aid could just concentrate on finding particular interventions going” (Easterly, 2006: 103). Ejemplos de estas intervenciones suaves son, de acuerdo con el autor, subsidios familiares a los servicios educativos y sanitarios, vacunación para menores, prevención de enfermedades virales, uso de fertilizantes, agua potable, suplementos nutricionales, dotación de anti-mosquiteras y sprays anti-paludismo, etcétera.

Si bien el método que sostiene Easterly parece emanciparse del determinismo en Sachs en ningún momento trasciende sus bases ideológicas. Su apelación a la experiencia “de casos exitosos” se topa con el problema de enunciar hipótesis que no pueden ser falsable. En ningún momento Easterly explica en base a qué criterios los proyectos funcionan o no lo hacen ni cómo ello mejoraría la situación de los beneficiarios. ¿Es, en razón, a un 5, a un 10 o quizás a un 99% de los casos donde un programa puede ser considerado exitoso? ¿No podríamos sostener que con un simple 0,1% se estaría salvando la vida de personas cuya virtud moral es ajena a cualquier régimen de equivalencia?

Esta situación, que el autor no aclara, es igualmente inevitable. Al someter la ayuda a un conglomerado de pequeños proyectos “que funcionen” corre el riesgo de transitar de una cooperación de desarrollo a otra humanitaria. Pues tiene mucho más que ver con lo que “funciona” según Easterly tapar pequeños agujeros que disponer un sistema general de ayuda que aliciente la compleja máquina del desarrollo. Así, el autor consigue esquivar la crítica de Sachs condenando el desarrollo a un fuerte minimalismo. Si bien no ser infectado por un virus o tener acceso a medicación básica es propio de países prósperos no es la causa necesaria de su bonanza. Existen personas sanas y con acceso a recursos que habitan en países subdesarrollados. Que ningún infante muera de hambre es moralmente deseable pero que no lo haga no garantiza una próspera industria agroalimentaria.

El maximalismo de Sachs se encarna en un irrealismo de sus supuestos mientras que el realismo en Easterly lo hace acogido a un fuerte minimalismo. Ninguno establece una directriz que sea fiel a la experiencia sin agredir el mejor de los

conocimientos sobre la eficacia de la ayuda *al desarrollo*. Pasemos así al segundo de los métodos examinados.

3. La prueba del laboratorio o experimento sin experiencia

El pensamiento sobre la ayuda al desarrollo en Sachs y Easterly se encuentra sometido a un estado de precariedad conducido por un saber especulativo y difuso. La ausencia de fertilidad científica en el tema ha provocado un giro metodológico radical en las últimas décadas. Si las teorías contemporáneas no han sido capaces de instaurar cierta previsibilidad en el orden de la ayuda lo mejor fuera consagrarse al estudio “caso a caso”. En una especie de ceremonia de la confusión la academia aduce que si la verdad no radica en las teorías deberá hacerlo en la experiencia. Un reclamo atraído más por la esperanza en lo desconocido que por las certezas sobre lo ya conocido (Montalvo, 2008). Con ello ha elevado enormemente la popularidad de los estudios del desarrollo gracias al nuevo acercamiento “radical” en la lucha contra la pobreza.

Ahondando en esta perspectiva de corte microeconómica apoyada por exámenes *desde* la experiencia el centro Abdul Latif Jameel Poverty Action Lab (J-PAL) se posiciona como motor de la nueva generación de estudios del desarrollo. A esta corriente se unen muchos otros centros e investigadores que convergen en la popularizada creencia de que en ausencia de magnitudes ningún estudio obra provecho. Con esta renovada aproximación “de impacto” se conocerían aspectos centrales de la vida de los pobres que favorecerían la puesta en práctica de mejores políticas de ayuda y cooperación (Banerjee y Duflo, 2011). La filosofía que entraña esta forma de entender la cooperación pasaría por pensar en “la ayuda más que en la Ayuda”, extrayendo así lo verdaderamente útil para problemas concretos. Un pensamiento que es compartido solo en los fines al de Easterly y que sobre sus bases proyecta nuevas fórmulas de pensar la economía.

Tres son, en cambio, los problemas fundamentales que acechan a este método. En primer lugar nos centraremos en los supuestos de validez de las condiciones experimentales. Dando por buena la formula experimental, la economía de laboratorio se acerca a la realidad a través de evaluaciones de impacto y experimentos aleatorios (Montalvo, 2008). En ellos se toma una muestra de grupos

(de control y tratamiento) y se mide la diferencia sobre los efectos del grupo tratado frente al controlado. Al comparar las reacciones entre ambos se infieren razonamientos que expliquen las propiedades del tratamiento en cuestión. No obstante, la falta de información derivada del desconocimiento sobre lo que “hubiese pasado sí (...)” genera problemas de *endogenidad* donde aquello que pudiera ser relevante al estudio nunca supera el estado hipotético y omisiones junto con errores de medida son inmanentes a toda aproximación al objeto. El mundo de la experiencia nunca es aislable si no es a condición de desperdiciar información y junto a problemas de *selección muestral* hacen que la heterogeneidad de los grupos revele divergencias incompatibles con cualquier sistema científico de equivalencia (Riddell, 2014). Pero si estos son los límites teóricos de la experimentación, barreras prácticas no le faltan. Y puesto que aislar todas las influencias sobre el comportamiento de los participantes es contrario a las leyes de la experiencia fallos en el seguimiento de control, en la asignación representativa de participantes y abandonos de la muestra amenazan la validez interna y externa de los resultados (Cameron *et al.*, 2015; Terberger, 2013; Montalvo, 2008).

La segunda de las dificultades tiene que ver con una cuestión de naturaleza epistémica; esto es, el hecho de hacer del método experimental el principio único de acceso a la experiencia. Las fuentes modernas desde la que se asienta el conocimiento científico –véase el neo-positivismo– carecen de la fuerza para superar la confusión entre experiencia y experimento. Algo inimaginable en la ciencia antigua, la segunda es solo una de muchas formas de acercarse a la primera y no consume por mucho su inclinación hacia lo profundo. Pero la revolución positivista destinada a entidades inanimadas trabaja mal con fenómenos erráticos e inteligentes. Por eso donde en unos la verdad se degrada al grado de certeza, en otros, es solo una de sus muchas formas de manifestarse (Mayes, 2006). De esta confusión la generalización gana un prestigio inmerecido frente a la validez, pues se piensa que lo que es extensible a muchos es prueba incontrovertible de acierto.

A la falta de validez formal de los supuestos se le une el agotamiento de contenido. Si se toman las referencias empíricas sobre los estudios de la ayuda al no se sabrá si realmente la ayuda es o no definitivamente eficaz. Esto ocurre con el caso particular de las micro-finanzas, las cuales podrían resolverse como una forma elevada de ayuda donde el receptor se emancipa de la pasividad del que recibe sin devolver. En el cuadro 1 se ha registrado algunas de las evaluaciones y meta-evaluaciones de impacto en aspectos claves como son el impacto en los ingresos personales o familiares de los beneficiarios (a paridad de poder

adquisitivo). Si nos detenemos en el cuadro observaremos que las dos categorías donde se concentra el mayor número de estudios son las de impacto bajo y nulo. Estos resultados terminan siendo no solo llamativos sino concluyentes con estudios sobre servicios de micro-ahorros, ayuda –hasta cuatro generaciones de estudios–, etcétera.

Del cuadro concluimos que los estudios de laboratorios no proporcionan ninguna tendencia verosímil a propósito de explicar ninguno de los asuntos tratados y solo sobresale una *neutralidad valorativa* que desautoriza cualquier actuación de acuerdo a fines. No emana de los datos información que nos permita edificar una narrativa de sentido que esquive la confusión de una realidad aleatorizada. En esto Popper (1996: 76) es concluyente: “los empiristas creían por lo común que la base empírica consistía en percepciones u observaciones absolutamente dadas, en datos, y que era posible construir la ciencia sobre estos datos como sobre una roca”.

Quizá la mayor de las debilidades de este tipo de metodologías tiene que ver con la imposibilidad para distinguir entre probabilidad y posibilidad. El estudio de magnitudes empíricas se relaciona con el conocimiento por medio de sucesos probables pues de ellos solo se descubren relaciones descriptivas de los hechos. No sabemos qué son sino qué y cómo lo hacen y de ello solo podemos esperar reacciones ponderadas. Sin embargo, el conocimiento penetra en ellas cuando en lugar de atender a su reacción la comprende y asimila al conjugarla en virtud de las circunstancias que la preceden. Visto así el asunto, algo probable –que la ayuda fomente la inversión productiva– solo se convierte en posible si somos capaces de entender el concepto desde sus límites y no desde el suceso aleatorio de una magnitud. Estirando hasta el extremo el argumento existe la probabilidad real, por ejemplo, de que el techo que ahora me cubre caiga sobre mi cabeza mientras escribo estas líneas, y sin embargo, a raíz del conocimiento que me proporciona la experiencia –y no la simple magnitud– haría bien rechazando esta intuición. Completaré el argumento en el siguiente apartado cuando aborde la cuestión de la *intuición reflexiva*.

El tercero de los límites tiene que ver con lo que denominamos *el retorno de lo reprimido*. El método experimental cree acceder a un mundo de conocimiento objetivo dejando atrás cualquier principio de vocación personalista que impida determinar la realidad tal cual es. Una confianza distorsionada por la idea de que los sentidos son fuentes incorregibles de conocimiento olvidando que “los datos aparentes de la experiencia son siempre interpretaciones a la luz de teorías, por

lo cual tienen el carácter hipotético o conjetural de todas las teorías” (Popper, 1996: 461). Lo que Popper manifiesta con este enunciado es la imposibilidad del método experimental de presentarse ante la realidad desprovista de razones. El mero dato físico es indiferente a sí mismo; no convence al entendimiento y solo es capaz de registrar reacciones.

La pretensión positivista de lo económico encabezada por el J-PAL es implausible de facto. Al rechazar lo que no está en condiciones de hacer, esto es, sostenerse en ausencia de invariaciones, consigue que lo abstracto esté presente de una manera más radical. De tal modo que haciendo como sí se valiera de sí misma suspende cualquier reconocimiento sobre la existencia de lo general haciendo que este opere de manera inconsciente. Así reprimido del campo formal retorna a la realidad suspendido de toda crítica. Por ejemplo, en los textos *Poor Economics* y *More than Good Intentions* se desvanece toda vocación experimental con la misma rapidez con la que aspiran a glorificar su certero conocimiento. En ambas obras se rechaza cualquier intento universalista del conocimiento para concluir al final de sendos ejercicios con citas tales como “las siete ideas que funcionan” o “cinco lecciones claves” (Easterly, 2011). La dificultad no es tanto la contradicción entre lo dicho y lo hecho como la incapacidad para llegar a reconocerlo. Así, la teoría subyacente brota liberada del peso de la crítica recobrando con una fuerza renovada aquello que en un principio creyó combatir. Un campo que nació para superar el universalismo abstracto de métodos anteriores consigue perdurarlo y esta vez de un modo radical al suspender cualquier elemento que reconozca hacer lo que se niega; esto es, aceptar desde un enfoque empirista algo tan invariable como “las cinco lecciones claves”.

4. Reconciliando extremos o la “reflexión intuitiva”

No hay ciencia legítima que no trate la experiencia como asunto capital de su empresa y no puede ser aquí de menor calado su atención. Pero naturaleza nunca fue reino para la contingencia, y con la misma distancia que la esencia se opone a la existencia, de la experiencia recae ser víctima un análisis sin contenido. Porque la experiencia no se consume bajo las estrictas leyes de lo experimentando cuyas magnitudes solo describen lo que los conceptos realizan. La idea de la *intuición reflexiva* pone en solfa la fuerza del entendimiento ajustada a la razón

de la experiencia. Intuir ya exige un contenido simbólico de formas y estructuras mentales que no están presentes de manera inmediata en la realidad lo que pone en conflicto una reconciliación inmediata entre lo particular y lo universal.

No obstante, el fundamento de este enfrentamiento es más aparente que real. Pues la intuición trabajada por el aprendizaje que resulta en el hábito es distinta a aquella que se origina de la imaginación y que alimenta credos y doctrinas (Popper, 1996). Una idéntica fuerza en ambas destinadas a resolverse o bien desde la impronta de la auto-confirmación o desde la virtud del que se sabe reconocido en la experiencia. Verse en el segundo, esto es, observar la realidad más allá de sus reacciones inmediatas exige al investigador facultarse de las implicaciones que derivan del concepto de “conciencia moral”. Un concepto cuyo fin radica en el reconocimiento personal de intereses colectivos forjados desde la experiencia pero elevado por encima de ella al identificar la moral del lugar que se expansiona y con el que atiende a cada experiencia concreta. A mayor conciencia moral mayor será la importancia personal de los asuntos colectivos y con ello el reconocimiento de los elementos que garantizan el desarrollo; respeto a la ley, derechos de propiedad, seguridad pública, inversiones sociales, etcétera.

Entendemos lo particular mediado –intuición reflexiva– como una *praxis*, a saber, como una libre autorrealización que asume, supera y transforma la facticidad inmediata presupuesta en cada caso. Ahora bien, en esa superación no se abandona lo que de verdad reside en ella, en el sentido de que la superación y transformación consecuente eliminará lo particular en sí mismo. Al contrario, tal transformación es el resultado de asumir lo universal que emana de lo particular (Jiménez-Castillo, 2018).

En este sentido, la conciencia moral imprime detalles muy valiosos acerca de la realidad empírica. Se encuentra facultada para abrazar todas sus determinaciones sin verse afectada por ninguna de ellas. Como si accedieramos a la semilla originaria de todos sus movimientos potenciales conseguimos atrapar la esencia, esto es, el sentido inmanente que nutrirá cualquiera de sus acciones posibles. Esa semilla originaria abraza el reconocimiento que las partes se otorgan en función del grado de entendimiento que los actores han alcanzado de sí mismos. De esta manera podemos elevar la vista de la simple magnitud para establecer generalidades no asumidas bajo la rígida abstracción formal. Por ejemplo, la tesis del *doux commerce* según la cual el ejercicio del comercio retribuye sumas positivas entre las partes es mucho más atractiva que su opuesta bélica de suma cero. Esta idea era ya conocida por el abad de Saint Pierre, Montesquieu, Hume y Adam Smith

doscientos años antes de que la teoría de juegos lo corroborara. Esta intuición de los autores clásicos venía precedida por un desarrollo intelectual liberado del desgaste empobrecedor del que acostumbra en distinguir *res extensa* de *res pensante*.

Sociedades (auto) reconocidas han perdido el miedo a lo diferente haciéndose propicias al intercambio y la innovación. La corrupción moral proviene de hacer de propios recursos ajenos y del sostenimiento de leyes que promocionan a algunos frente a todos. La información que en sociedades depauperadas es corrompida y cercenada fluye libremente en otras donde la incertidumbre es puro goce y los agentes se identifican a través de los derechos de propiedad (Rodrik, 2014). Una sociedad reconocida en el otro (auto-reconocida) supera la idea del valor codificado en trabajo abstracto para sustituirla por otra sostenida en lo que le es útil a cada uno (Jiménez-Castillo, 2016). Los efectos en el sistema de la competencia, pero fundamentalmente en la provisión de un sistema de derechos, hace que las sociedades no se fijen por costumbres y la integridad de cada miembro se ve garantizada por el deber moral que cada uno se auto-impone. Por eso, las sociedades auto-reconocidas son más prósperas y los mecanismos favorecedores de su bienestar funcionan sin rigideces ni aplastamiento. Su inclinación hacia el comercio se enriquece con la energía de una competencia moderna y dinámica. Así, su propósito se libera de la mecánica producción en cadena siendo esta no más que un método auxiliar en la promoción de nuevas y más perfeccionadas demandas. Una dicha, a fin de cuentas, no reñida con la instauración de derechos fundamentales, fuente primera de diversidad y principio último de imparcialidad.

Fácil es comprender cuán enorme llega a ser la importancia de apropiarse de la experiencia de un territorio acudiendo al grado de conciencia moral con el que se articulan sus elementos socio-políticos, su dinámica económica, sus fuentes culturales y religiosa, etcétera. Solo desde allí la *intuición reflexiva* pone luz y claridad donde otros métodos se limitan a presentar realidades difusas e inaprensibles. ¿Cómo se arregla este método con la cuestión de la eficacia de la ayuda al desarrollo? ¿De qué manera se hallan las instituciones preparadas para asumir un sistema que se exige de sí mismo lo máximo y cuyos tiempos son extraños a los que exigen la erradicación la pobreza?

La ayuda se encuentra lejos de esa visión quirúrgica que permite extraer con precisión elementos que a ratos potencian y en otros dominan el ánimo febril de la realidad social. También se aparta de los macro-planes de estímulos que conducen el ánimo y el sentido del *policymaker*. Lo suyo es de una naturaleza mucho más paciente y entregada al estudio en mayúsculas. En el sistema de

ayuda el desarrollo es el predicado y suya una naturaleza dialéctica que se sabe inherente a la complejidad.

Asumir el grado de reconocimiento entre las partes vistas desde los hábitos económicos, políticos, culturales, etcétera nos permitiría mucho antes que entender si la ayuda funciona, saber si sería o no contraproducente a sus propósitos últimos. Con esto no se cuestiona su legitimidad sino el modo en que se encauza así como su rol efectivo entre incentivos y expectativas. La ayuda debería destinarse no tanto a romper los círculos viciosos como a cuestionar su lógica interna desde la dotación de recursos que tensionen las prácticas más naturalizadas de los receptores. Para ello sería necesario configurar planes de acción que, por un lado, apoyen el objetivo desde una visión *multi-dimensional*, y por otra, ataje esas dimensiones desde el reconocimiento mutuo de los beneficiarios. Así, se conseguiría superar el problema del *recelo moralizante* de los donantes que frecuentemente contribuye a desnaturalizar los desafíos del desarrollo. En Camboya, por ilustrar un solo ejemplo –del que el autor ha sido testigo recurrentemente–, proyectos de acción financiados por organismos no gubernamentales abstraen la cotidianidad de los beneficiarios desde el sentido más moralista de la pobreza al desnaturalizar los incentivos y las expectativas de los receptores al pervertir así sus funcionamientos y resultados:

Thematic analysis of the interviews found that personnel were placed in groups based on their job category –consultant, volunteer, or permanent staff– regardless of experience. These categories logically reflect each worker's pay level, purpose, and role, but they may also have an implicit power meaning which reinforces group differences and inhibits inter-group relationships. (McWha, 2011: 29)

Con ello se multiplican dificultades preexistentes abordando no solo los incentivos perversos que acechan a la pobreza –a nivel económico; carencia de servicios básicos, insostenibilidad de la infraestructura física, etcétera; a nivel cognitivo; inconsistencia temporal, disonancia cognitiva; a nivel político; falta de libertades, carencia de derechos civiles, etcétera– como los efectos en cuanto a la tergiversación de unas estructuras de cooperación más centradas en sanar (moralmente) la conciencia de los donantes que en responder eficazmente a las demandas más incipientes de los receptores (Béjar, 2001).

5. Recapitulando (...)

A lo largo de este escrito hemos trabajado algunos argumentos que ilustran los límites de los enfoques más tradicionalistas a la hora de identificar la eficacia de la ayuda al desarrollo. A su vez se han proporcionado lineamientos al estudio de la ayuda capaz de visualizar las razones de su eficacia desde un plano incompatible al de su naturaleza social.

Desde la perspectiva universalista se concluyó que las tesis maximalistas de Sachs por un lado, y las minimalistas de Easterly por el otro, se hunden bajo una idealización innegociable al presentar la ayuda desde unos principios inertes de mecánica natural restringidos a la simple asistencia humanitaria (Riddell, 2014). Los supuestos teóricos y los mecanismos sociales que lo favorecen se encuentran hipotecados a esa lógica que oscurece cualquier fundamento afincado en la experiencia.

Con respecto al método experimental se razonó que desconocer la distancia entre experiencia y experimentación genera unos problemas de validez en los principios experimentales tanto internos –límites de las evaluaciones de impacto-, como externos incompatibles con una fiel descripción de los hechos. El “retorno de lo reprimido” es el precio que el método experimental contrae ante el esfuerzo por clasificar vanamente los esfuerzos anteriores.

Por último, se propuso el concepto de intuición reflexiva como mecanismo capaz de reconciliar enfoques enfrentados bajo los elementos de conciencia moral y razón dialéctica. El estudio de la cooperación no puede disolverse en un listado de carencias a reconciliar interpeladas por una ruptura con la realidad sensible del mundo pobre y sí en la paciente entrega que exige el estudio por comprender a los pueblos desde un principio de aspiración elevado; esto es, el reconocimiento entre las partes y de ello su precipitada vocación por ajustar su conocimiento a las variaciones que exige su entrega cotidiana.

Bibliografía

- ACEMOGLU, D., & ROBINSON, J. (2012). *Why Nations Fail; The Origins of Power, Prosperity and Poverty*. New York: Crown Publisher.
- APPEL, J., & KARLAN, D. (2012). *More than Good Intentions: Improving the Ways the World's Poor Borrow, Save, Farm, Learn, and Stay Healthy*. London: Penguin.
- BANERJEE, A., & DUFLO, E. (2011). *Poor Economics: A Radical Rethinking of the Way to Fight Global Poverty*. London: Penguin.
- BANERJEE, A., & MULLAINATHAN, S. (2010). *The Shape of Temptation: Implications for the Economic Lives of the Poor*. NBER.
- BANERJEE, A., BARNHARDT, S., & DUFLO, E. (2016). *Can Iron-Fortified Salt Control Anemia? Evidence from Two Experiments in Rural Bihar*. Cambridge: NBER Working Paper No. 22121.
- BATES, R. (1981). *Markets and States in Tropical Africa*. Berkeley: University of California Press.
- BÉJAR, H. (2001). *El mal samaritano: el altruismo en tiempos de escepticismo*. Madrid: Anagrama.
- BIGSS, A. (26 de julio de 2017). How the Poor May be Saving More for Retirement than the Rich. *Forbes*.
- BOONE, P. (1996). Politics and the effectiveness of Foreign Aid. *European Economic Review*, 40(2), 289-329.
- BURNSIDE, C., & DOLLAR, D. (2000). Aid, Policies and Growth. *The American Economic Review*, 90(4), 847-868.
- CAMERON, D., MISHRA, A., & BROWN, A. (2015). The growth of impact evaluation for international development: how much have we learned? *Journal of Development Effectiveness*, 8(1), 1-21.
- CAMPBELL, M., PRATA, N., & POTTS, M. (2013). The impact of freedom on fertility decline. *Fam Plann Reprod Health Care*, 39, 44-50.
- COLLINS, D., MORDUCH, J., RUTHERFORD, S., & RUTHVEN, O. (2008). *Portfolios of Poor-How the World's Poor live on 2\$ a day*. Princeton: Princeton University Press.
- DOUCOLIAGOS, H., & PALDAM, M. (2009). The aid effectiveness literature: The sad results of 40 years of research. *Journal of Economic Surveys*, 23(3), 433-461.

- EASTERLY, W. (2006). The Big Push Déjà Vu: A Review of Jeffry Sachs's The End of Poverty: Economic Possibilities for Our Time. *Journal of Economic Literature*, XLIV, 96-105.
- (30 de April de 2011). Measuring How and Why Aid Works or doesn't. *The Wall Street Journal*.
- (2014). *The Tyranny of Experts: Economists, Dictators, and the Forgotten Rights of the Poor*. New York: Basic Books.
- EDWARD, S. (2014). *Economic Development and the Effectiveness of Foreign Aid: A Historical Perspective*. Cambridge: NBER Working Paper 20685.
- ELAYAH, M. (2016). Lack of foreign aid effectiveness in developing countries between a hammer and an anvil. *Contemporary Arab Affairs*, 9(1), 82-99.
- ESCOBAR, A. (1996). *La invención del Tercer Mundo: Construcción y Deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma.
- (16 de Septiembre de 2016). Se deben crear alternativas al desarrollo. (G. Nerín, Entrevistador, & E. NacionalCat, Editor)
- EVANS, D., & POPOVA, A. (2014). *Cash Transfers and Temptation Goods: A Review of Global Evidence*. Washignton: Policy Research Working Paper 6886.
- FISMAN, R., & MIGUEL, E. (2007). Corruption, Norms, and Legal Enforcement: Evidence from Diplomatic Parking Tickets. *Journal of Political Economy*, 115(6), 1020-1048.
- GRIFFIN, K. (1970). Foreign capital, domestic savings and economic development. *Oxford Bulletin of Economics Statistics*, 32(2), 99-112.
- GUPTA, K. (1975). Foreign Capital Inflows, Dependency Burden, and Savings Rates in Developing Countries: A Simultaneous Equation Model. *International Review of Social Science*, 28, 358-374.
- HINKELAMMERT, F. (2002). *Crítica de la razón utópica*. Bilbao: Descléé.
- JIMÉNEZ-CASTILLO, M. A. (2015). Minimalismo y microfinanzas: crónicas de un colapso anunciado. *Argos*, 32(63), 103-123.
- (2016). Perspectivas filosóficas de la economía moral: ensayos críticos desde Camboya. *Eikasia* (71), 477-490.
- (2018). La encrucijada de la cooperación al desarrollo: apuestas por una epistemología crítica. *Ideas y Valores*, 67(167), 223-240.

- J-PAL. (June de 2016). Identifying the Poor Through Self-Targeting. *J-PAL POLICY BRIEFCASE*.
- KARLAN, D. S., RATAN, A., & ZINMAN, J. (2014). Savings by and for the Poor: A Research Review Agenda. *Review of Income and Wealth*, 60(1), 36-78.
- LUCAS, R. (1990). Why Doesn't Capital Flow from Rich to Poor Countries? *The American Economic Review*, 80(2), 92-96.
- MAYES, T. (2006). *Economía ¿verdad o precisión?* Barcelona: Marcial Pons.
- MCWHA, I. (2011). The roles of, and relationships between, expatriates, volunteers, and local development workers. *Development in Practice*, 21(1), 29-40.
- MONTALVO, J. (2008). La ayuda al desarrollo: su eficacia y métodos experimentales para su evaluación. En J. Montalvo, *El análisis experimental de la ayuda al desarrollo: la evaluación de lo que funciona y lo que no*. Madrid: Fundación BBVA, 17-48.
- MOYO, D. (2010). *Dead Aid: Why Aid Makes Things Worse and How There Is Another Way for Africa*. London: Penguin Books.
- MUNK, N. (2014). *The Idealist: Jeffrey Sachs and the Quest to End Poverty*. New York: Random House.
- PIETERSE, J. (1998). After posdevelopment. *Third World Quarterly*, 21(2), 175-191.
- POPPER, K. (1994). *Conjeturas y Refutaciones*. Madrid: Ediciones Paidós.
- RIDDELL, R. (2014). *Does Foreign Aid Really Work? An Updated Assessment*. Oxford Policy Management: Development Policy Centre Discussion Paper.
- RODRÍK, D. (2014). The Past, the Present and Future of Economic Growth. *Challenge*, 57, 5-39.
- ROSENSTEIN-RODAN, P. (1961). *International Aid for Underdeveloped Countries*. Cambridge: Center for International Studies.
- ROSTOW, W. (1960). *The Stages of Economic Growth*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SACHS, J. (2005). *El fin de la pobreza: cómo conseguirlo en nuestro tiempo*. Madrid: Debate.
- SACHS, J. D., & SCHMIDT-TRAUB, G. (2017). Global Fund Lessons for Sustainable Development Goals. *Science*, 6333, 32-33.

- SCHULTZ, P., NOLAN, J., CIALDINI, R., GOLDSTEIN, N. & GRISKEVICIUS, V. (2007). The Constructive, Destructive, and Reconstructive Power of Social Norms. *Psychological Science*, 18(5).
- SEN, A. (2010). *A Theory of Justice*. New York: Allen Lane & Harvard University Press.
- TERBERGER, E. (2013). The Microfinance Approach: Does it Deliver on its Promise? En D. Köhn, *Microfinance 3.0: Reconciling Sustainability with Social Outreach and Responsible Delivery*. New York: Springer, 181-195.
- WEBER, M. (2009). *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social*. Madrid: Alianza Editorial.

Tabla 1. Evaluación de impacto en programas micro-financieros (variable dependiente: ingresos per cápita)

IMPACTO FUERTE	IMPACTO DÉBIL	IMPACTO NO DETERMINADO	IMPACTO NEGATIVO
Hossain (1988)	Dun (1999)	Afrane (1998)	Marcus y Harper (1996)
Schuller y Hashem (1994)	Remenyi y Quinonoes (2000)	Schreiner (1999)	Karlan y Zinman (2009)
Barnes, Morris y Gaile (1998)	Khandker (2001)	Sanders (2002)	
Chowdhury y Bhuiya (1998)	Khandker (2005)	Bhatt (1999)	
Panjaitan y Cloud (1999)	Montgomery (2005)	Nanor (2008)	
MkNelly y Dunford (1999)	Bruhn y Love (2009)	Setboonsarg y Parpieu (2008)	
G.C.A.P (2002)	Banerjee, Duflo y Chattopadhyay (2010)	Banerjee, Duflo, Glennester y Kinnan (2009)	
	Swain (2012)	Desai, Johnson y Tarozzi (2011)	
	Aziz (2013)	Crepón, Devoto, Duflo y Parenté (2011)	
	Haushofer y Shapiro (2013)	Karlan y Zinman (2013)	
		Awaworyi (2014)	

Fuente: (Jiménez-Castillo, 2015)

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

